

EN LOS CLAUSTROS DE QUINTÍN LAME

Christian Benavides Martínez

Estudiante Maestría en Literatura, Universidad de Antioquia.

Foto tomada de *El indio Quintín Lame* (1973, p. 137),
de Diego Castrillón Arboleda.



Pese a haber vivido más de seis años en Popayán, Cauca, mientras estudiaba ingeniería en electrónica y telecomunicaciones, jamás escuché palabra alguna sobre Manuel Quintín Lame Chantre. Eso sí, muchas veces fui a la Casa Museo Guillermo León Valencia, en cuyos patios nos sentábamos los viernes por las noches a escuchar cuenteros, y me sorprendía al ver que un evento oral atraía más público que los libros que yacían en la Biblioteca del Banco de la República de esa ciudad, ubicada cruzando la calle. Eso sí, muchas veces fui a Piendamó a visitar a un tío que tenía una droguería en el pueblo, sin que me importaran las protestas de varios compañeros que afirmaban ser incapaces de viajar en esos buses repletos de ‘indios que huelen a berrinche’, pero sin confesarles por vergüenza que me maravillaba el escuchar el ‘dialecto’ de los ‘guambianos’. No sabía entonces qué tenían que ver las comunidades Nasa y Misak con Manuel Quintín. No sabía entonces del odio desmedido que despertaba en los Valencia.

Debieron pasar varios años, cambiarme de ciudad, sufrir una crisis vocacional, reconciliarme con la academia y estudiar otra carrera, para escuchar sobre este personaje en un salón de clase. Estábamos aprendiendo sobre la repartición imperialista que hicieron de Colombia en el siglo XIX. Recuerdo que, tras mencionar una masacre a mano de franceses en las minas decimonónicas del Pacífico caucano, el profesor de Historia dedicó un par de clases para hablar del Cauca y enfatizar en un indígena emblemático que fue encarcelado cientos de veces por defender la tierra colectiva y los derechos de los suyos. Mencionó que escribió una obra extensa a la que nadie le presta atención debido al espíritu arribista y racista que impera en el pensamiento colectivo que desdeña de su herencia amefricana. Recuerdo que me parecía estar escuchando hablar de un ‘Mandela colombiano’ llamado Manuel Quintín Lame Chantre.

Digo me parecía, porque se me antojaba increíble el no haber oído sobre él durante todo el tiempo que viví en el Cauca; digo estar escuchando, porque su historia captó poderosamente todos mis sentidos; y digo hablar, porque en realidad nunca leímos un solo párrafo de la obra de Quintín Lame, e incluso el profesor no estaba seguro de recordar el título de aquel libro.

Pasó poco tiempo para hacerme de una copia del misterioso libro. Su título me parecía un tanto difícil de recordar por su extensión, y comprendí el lapsus del profesor: *Los pensamientos del indio que se educó dentro de las selvas colombianas* (1939). Me resultó curioso que se llamara ‘indio’ a sí mismo, que se educara en las selvas... Tenía muchas expectativas de su lectura por todo lo que había escuchado, sin intuir que justo aquello implicaba un profundo problema de concepción: llegué a sus páginas con el deseo de encontrar una lírica poderosa, a mi escaso entender; esperaba toparme con una prosa similar a la de un Epicuro, un Papini, un Thoreau, u otro escritor antisistema. Viví en carne propia el rechazo a la obra. Estaba escrito en español, es cierto, pero

me costaba seguir el hilo de lo narrado. Recordé las palabras del profesor: espíritu arribista y racista. Me dije que no tenía que ver conmigo, y me arrojé a una segunda lectura. La resistencia persistía... Me hice de un bagaje sobre estudios culturales, decoloniales, ecocríticos; repasé el conflicto cultural desde el punto de vista de intelectuales andinos a partir del siglo xvi y conocí a Guaman Poma de Ayala, Pachacuti Yamqui. Pero el problema seguía siendo mío. Aunque involuntariamente rehusaba volver a la obra, me interesé en la vida del autor: entendí que una lectura inmanente era insuficiente no solo por la necesidad del contexto sociohistórico en que se dio la obra, sino porque debía desplazar mi habitual postura de lector para darle cabida a la propia naturaleza del texto. Entonces comprendí que mis pretensiones eran las de leer a Lame Chantre bajo coordenadas eurocéntricas; no fue sencillo aceptarlo, la idea de abrirnos a discursos bajo otras poéticas ‘fastidian’ los preceptos estéticos de los “hombres que se chamuscaron los párpados de sus vistas de quince, a veinte y treinta años de estudio” (1939, p. 113). Definitivamente tenía los ojos chamuscados, y sincerarme al respecto, me abrió un nuevo horizonte de expectativas. Si bien todo el ‘marco’ que había leído me daba ciertas herramientas de comprensión, solo la misma obra planteaba las bases en que debía ser entendida.

La primera figura poderosa de Lame Chantre con la que sentí que pude conectarme fue aquella de “transformar el pensamiento”. En primer lugar se da una transformación por vías coercitivas que, a raíz de la colonización del pensamiento, arrebataron las lenguas ancestrales del autor (nasa yuwe y nam trik); luego surge otra ‘transfiguración’ con la que el intelectual andino “transformó la cabeza del lobo montéz en la de un hombre” (p. 64). Lame Chantre se reconoce inoculado como primitivo, “asno montéz”, por parte de la civilización española y sus defensores, quienes bajo la Ley 89 de 1890 consideraban menores de edad a todos los miembros de las comunidades ancestrales. Tras dicho reconocimiento y romper con el yugo del terraje, transformó su cabeza en la de un ‘hombre’. En un texto previo de 1927 escrito en la cárcel ya había dicho algo similar: “se levanta el genio de mi persona, iluminado” (1927, p. 468). El que se haya declarado ‘hombre’, ‘persona’, ‘iluminado’ debe entenderse como una vía que cuestiona y combate a la sociedad que lo había condenado a la inferioridad intelectual, al punto de sacudir sus cimientos.

Por aquel tiempo estábamos viendo un curso sobre Rilke en el que el profesor de literatura nos presentó dos conceptos suyos: el vasallaje a la letra y la orfandad epistémica. Más que con Rainer, los entendí con Manuel. En la misma proclama de 1927 escribió: “puede remedar tranquilamente las palabras del español [...] me lanzo con mi pluma sin temor de ninguna clase y descorro ese oscuro velo con que los hombres de civilización, instrucción cristiana, han eclipsado hasta hoy el derecho natural de la raza indígena” (p. 468). Ese

oscuro velo de la servidumbre intelectual a la que han estado sometidos sin duda se corresponde con el vasallaje a la letra. Lame Chantre desdeña tal posición al ‘remedar’ y ‘lanzarse con su pluma’ precisamente para ‘descorrer’ ese vasallaje. Me pareció una táctica supremamente ingeniosa y riesgosa al tiempo aquello de apoderarse de una tecnología del adversario (la escritura) para iluminar el derecho natural opacado por ‘el eclipse’ de la civilización occidental. Táctica que cobra todo su esplendor en las 118 páginas de los *Pensamientos* (1939).

Además de remedar el español, Lame Chatre también pudo “interpretar lo escrito en ese libro de piedra nivelado por el pensamiento de mis antepasados indígenas” (1927, p. 468). Ya en su obra magna, el penúltimo capítulo titulado “El nacimiento de la fuente en la oscuridad” alude a la abdicación de la orfandad producto del eclipse, es decir, “en medio de la ineptitud del analfabetismo del salvajismo” (1939, p. 107) a los que son sometidas las comunidades ancestrales. Lentamente se abre el cauce del “pensar, para pensar” (p. 110), al punto de defender que la naturaleza es la gran pedagoga por excelencia, de equiparar la sabiduría ancestral al conocimiento occidental y enaltecerla como legado de la humanidad.

Es notorio el calibrado diálogo que sostiene con las escrituras fronterizas de todos los rincones del planeta al compartir su visión por cuanto denuncian que Occidente no es dueño de la ciencia ni del pensamiento, y rescatan que sus territorios son lugares válidos e idóneos para el cultivo del conocimiento: “por esta razón, yo también debo hablar como lo hago de los claustros donde me educó la Naturaleza; ese Colegio de mi educación” (p. 109). Entonces comprendemos que utilice la figura del ‘libro’ para reclamar que las nociones de mundo propias de su cultura sean reconocidas como legítimas.

Con satisfacción y desazón puede comprenderse que los textos de esta naturaleza son producto de confrontaciones políticas con la misma realidad de quienes escriben. Satisfacción porque se amplían no solo las fronteras literarias, sino la capacidad de introspección mientras leemos y sopesamos nuestro papel de pavonear con orgullo los pendones de la razón instrumental con maestría militar. Desazón porque debemos encontrar el antídoto que sane el veneno de nuestra sangre para desintoxicarnos, precisamente, de semejante amargura. La tarea que nos queda es transfigurar nuestras cabezas. ■

Referencias

- Lame Chantre, M. Q. (1939|1984). *Los pensamientos del indio que se educó dentro de las selvas colombianas*. En G. Castillo-Cárdenas. *Theology and the Indian Struggle for Survival in the Colombian Andes: A Study Of Manuel Quintín Lame's Los Pensamientos* (Tesis doctoral) (pp. 352-416). Michigan: University Microfilms International, Columbia University.
- Lame Chantre, M. (1927|2005). El derecho de la raza indígena en Colombia ante todo. El misterio de la naturaleza educa al salvaje indígena en el desierto. En F. Romero. *Manuel Quintín Lame Chantre. El indígena ilustrado, el pensador indigenista* (pp. 468-476). Pereira: Papiro.